

Unabomber y el futuro de la sociedad industrial

Si uno tiene coraje y audacia sin benevolencia, es como un loco empuñando una espada afilada; si posee inteligencia y agilidad sin sabiduría, es un jinete que cabalga una montura veloz pero sin saber hacia dónde se dirige.

Aunque uno tenga talento y habilidad, si los usa indebidamente y los ejerce de forma inapropiada, sólo puede asistir a la falsedad y enmascarar el error. En ese caso es mejor poseer unas pocas capacidades técnicas en lugar de muchas.

Por eso, al ambicioso no debe otorgársele un poder que convenga a sus intereses, ni al necio dejar que maneje instrumentos afilados.

Apólogo taoísta. 200 a.C.¹

No somos los primeros en señalar que el mundo de hoy en día parece haberse vuelto loco...

*La sociedad industrial y su futuro (Manifiesto de Unabomber)*²

1. Citado en *The Tao of Politics: Lessons of the Masters of Huainan*, (Boston and London, Shambhala, 1990) pp. 60-61.

2. Publicado el 19 de septiembre de 1995, en una edición especial del *Washington Post* bajo la firma «FC» (Freedom Club).

Adelante, Unabomber

¿Para quién es más apropiado el consejo del maestro taoísta, para el terrorista o para la sociedad que lo ha creado? Ahora que sus quince minutos de fama están a punto de llegar a su fin, quizá sea el momento de preguntarnos por el ambiguo papel que ha jugado Unabomber dentro del sistema megatécnico que pretendía derribar³.

Sin duda, Unabomber ha tocado una fibra sensible de nuestra cultura, y no ha tardado en convertirse en una especie de no-civo héroe popular. Si bien muchos consideraron que sus métodos eran demenciales, muchos de los motivos que lo movían fueron acogidos con cierto grado de simpatía. Quizá, sobre todo, entre personas que han sufrido físicamente los efectos de la industrialización, o que han visto desaparecer sus medios de vida por la automatización, o que han sido forzadas a soportar una rutina cada vez más opresiva e informatizada, o que han presenciado cómo un lugar amado era arrasado en nombre del progreso, o que simplemente han sentido el peso aplastante de un mundo lleno de ruidos, máquinas y tristes oficinas.

Algunas personas —muchas de ellas poco más que meras espectadoras— daban la razón en secreto a Unabomber, aunque mostrasen una lógica compasión por sus víctimas. Tal vez albergaban la esperanza de que, en el futuro, tuviese más tino a la hora de alcanzar sus objetivos, mientras pulía los argumentos contenidos en su célebre Manifiesto (aunque pocas perso-

3. En este ensayo no se afirma que Theodore Kaczynski sea Unabomber. Aunque haya pruebas que apuntan en esa dirección según lo que conocemos sobre el asunto, Kaczynski se enfrenta a la posibilidad de una condena a muerte, en base a las pruebas recabadas por el FBI, una agencia conocida por ser una de las mayores fábricas de mentiras que se recuerda. Es una figura fascinante, según lo que conocemos de él; pero dados los cargos y sus posibles repercusiones, la más básica decencia nos lleva a intentar que las bombas, el manifiesto y las repercusiones sociales hablen por sí solas. EE.UU. [Esta nota se redactó cuando aún no estaba claro si Ted Kaczynski era Unabomber. (Nota de 2018)]

nas leyeron más que extractos del mismo en la prensa, quienes sí lo leyeron íntegro, irónicamente, muy probablemente lo obtuvieron a través de internet). En verdad, si Unabomber tenía la intención de atacar directamente a los responsables de las políticas de la Megamáquina, sus objetivos fueron muy poco acertados. Pero en la cultura popular de la Norteamérica posmoderna, Unabomber parecía representar una esperanza para los tecnófobos; hizo las veces de un movimiento de masas que en realidad no existe, aunque pocos de sus secretos admiradores lo tuviesen en cuenta. De ese modo, se convirtió en parte del espectáculo mediático: un oscuro Robin Hood que metió el miedo en el cuerpo a unos soberbios tecnocratillas, al tiempo que se burlaba de la policía.

Aunque el humor a menudo puede ser subversivo, había también un inequívoco elemento de cinismo (y por tanto de resignación) en la respuesta humorística que causó Unabomber. No sólo es que la vida valga muy poco, como suele decirse (tan pronto como se estrella un avión comienzan a hacerse chistes al respecto), sino que cuando los medios de comunicación recogen cualquier mensaje el sentido del mismo se ve totalmente adulterado. Y, en el caso de Unabomber, su propia hipótesis —audaz, aunque no muy original, según la cual la acción revolucionaria genera consecuencias imprevisibles— tuvo finalmente un giro irónico: su imagen acabó en los parachoques de los coches en forma de pegatinas (del tipo: «A mí no me culpes, yo he votado a Unabomber»), camisetas (una que se vendía en California mostraba el famoso retrato del sospechoso con las palabras «Hay una carta para ti...»), y el personaje acabó convertido en protagonista de programas de humor de la tele y la radio.

Unabomber también acabó convertido en una atracción en internet. Una gran cantidad de páginas le rindieron tributo, incluyendo un espacio en Pathfinder, del gigante multimedia

Time Warner, donde se podía jugar al «Encuentra a Unabomber», y en el que se lanzaba a sus visitantes la siguiente pregunta: «¿Hay un pequeño Unabomber en cada uno de nosotros?». Metroactive, una página que aloja tres semanarios del norte de California, se mofaba del retrato que había difundido el FBI del sospechoso, y ofrecía uno más moderno y elegante con la siguiente descripción: «Este anarco-terrorista es pura dinamita, con sus gafas de sol Giorgio Armani, 140\$; traje negro a rayas, 1.550\$; camisa de pana blanca, 395\$; corbata de seda negra de Hugo Boss, 125\$. Peinado por André». Un estudiante, en una de las discusiones sobre Unabomber que tuvieron lugar en la red, dijo: «La gente no se ha vuelto fan de Unabomber, pero sí está impresionada⁴».

Otro fenómeno recurrente que se desató entonces fue el «Señala al Unabomber». Seguramente yo no haya sido el único en sufrir esta experiencia: que mis compañeros de trabajo me acusasen de ser Unabomber dadas mis posiciones abiertamente ludditas. Probablemente nunca sabré si de verdad alguien me consideró sospechoso, pero da que pensar que el grupo de trabajo Unabom del FBI recibiese al menos 20.000 llamadas ofreciendo alguna pista antes de arrestar a Kaczynski. Si bien existía la suficiente tecnofobia flotando en el ambiente como para provocar una silenciosa y humorística simpatía con Unabomber, la atmósfera generalizada de sospecha mutua, y de complicidad con los servicios secretos del Estado, reveló un aspecto bastante diferente del carácter del pueblo americano.

4. «Unabomber es una estrella en Internet», *New York Times*, 6/04/96. Probablemente Time Warner compartió esta información con el FBI, utilizando su página web para atraer a «potenciales terroristas» y simpatizantes hasta la «red» policial. Probablemente la página se creara en parte con ese objetivo en mente.

Entra en escena Ted Kaczynski

Utilizando el rostro de Ted Kaczynski, los medios de comunicación bombardearon a la opinión pública con imágenes del «genio loco», sucio y despeinado, de mirada extraviada y portadora de un enigma inaccesible y feroz. Pero deberíamos contrastar esa imagen con otro retrato que adornaba las portadas de revistas y libros de los escaparates en aquellos días: ojos francos, carácter impenetrable, cuidado y pulcro, una presencia a la vez reconfortante y con carisma. Un líder militar retirado, exjefe del Estado Mayor, que provocaba la admiración general de la ciudadanía y representaba una alternativa al cenagal de la política nacional: Colin Powell.

Mientras que el brillante «inadaptado» Theodore Kaczynski —si es que él es Unabomber— sólo logró, durante un largo periodo de tiempo, matar a tres personas y herir a otras veintitrés, Colin Powell, persona poco brillante pero indudablemente competente y mejor adaptada, dirigió, en sólo unas cuantas semanas, la muerte de varios cientos de miles de soldados y civiles iraquíes. La guerra de Powell —contra la infraestructura civil y tecnológica del país enemigo— continúa hoy en día dando pruebas de su eficacia, condenando a sus víctimas a una lenta muerte causada por la malnutrición y las enfermedades⁵. Mientras la prensa vilipendiaba a Kaczynski y lo metían en una celda de por vida, el proyecto mortal de Powell era ensalzado como parte de las medidas razonables de una política civilizada. Por su ilustre carrera al servicio de la muerte y la destrucción, Powell fue recompensado con desfiles en su honor, medallas, una suculenta

5. De acuerdo con los informes de Naciones Unidas, más de medio millón de niños han muerto en Irak desde el final de la Guerra del Golfo como resultado de las sanciones económicas.

pensión, giras para promocionar su libro y ofertas para postularse a un cargo público.

De inmediato se plantea aquí la cuestión: «¿Quién está cuerdo y quién está loco?». Una pregunta que se hará todo aquel que no se trague las pesadillas distópicas cocinadas a diario en los laboratorios del capitalismo industrial, sus «think tanks» y sus salas de juntas. Porque, comparado con Bush, Schwartzkopf y Powell y sus arsenales de bombas «idiotas» e «inteligentes», el daño causado por Unabomber fue casi insignificante⁶. Comparemos, de igual modo, la «irracionalidad» del terrorista solitario y la «racionalidad» del —en teoría— reputado matemático Claude Shannon, citado en el Manifiesto: «Veo avecinarse un tiempo en el que seremos para los robots lo mismo que los perros son ahora para los humanos, y yo estoy de parte de los robots». Estos panegíricos, que celebran la reducción de la humanidad a una «servoproteína» y la transformación de la naturaleza en un subproducto de laboratorio, son banalidades a las que ya estamos acostumbrados. Pero que dichas banalidades legitimen la posible extinción de los seres humanos como organismos vivos, y la actual e inédita aniquilación física de gran parte del mundo natural en el que la humanidad ha evolucionado, podría ser motivo suficiente para tomar medidas desesperadas.

Aunque sea pertinente, la pregunta sobre «quién está cuerdo» está mal planteada, porque incluso los tecnócratas más perspicaces han advertido la profunda ambivalencia de Unabomber. La experta en cibernética y en inversiones de riesgo

6. En cierto sentido, Unabomber recuerda un poco a Norman Mayer, que fue asesinado en diciembre de 1982 por un grupo de SWAT, en Washington D.C., después de ocupar el Monumento a Washington y amenazar con volarlo si las superpotencias nucleares no emprendían inmediatamente el desarme. Mayer, que protestaba contra el arsenal más mortífero de la historia, no amenazaba la vida de nadie, sólo la propiedad (el Monumento en este caso), pero aun así fue asesinado (al final, resultó que no tenía ninguna bomba). Véase mi ensayo, publicado bajo el pseudónimo George Bradford, «¿Quién está cuerdo? ¿Quién está loco? Norman Mayer y el misil x», en *Fifth Estate*, invierno 1982-83.

Esther Dyson comentaba, por ejemplo, que estaba «fascinada por Unabomber [...] en primer lugar, está como una cabra. En segundo lugar, plantea preguntas pertinentes [...]»⁷. En efecto, no son necesarias muchas pruebas para demostrar que alguien que dedica casi dos décadas a enviar por correo bombas meticulosamente construidas es una especie de lunático. El texto, por su parte, que ha llevado el concepto contracultural de «autopublicación» hasta extremos inéditos, es una curiosa mezcla de intuición, delirio y erudición agotadora. Su descripción de las numerosas enfermedades resultantes de la incapacidad humana para adaptarse al entorno artificial moderno —entre ellas la depresión, la ansiedad, el suicidio, y «la patológica, incluso homicida, alienación [...] [que es el] sello distintivo de nuestros tiempos»— nos recuerda al propio Unabomber. Como señaló Robert Wright, «Unabomber es la prueba de cargo de sus propios argumentos»⁸.

Quizá sea cierto que todos tenemos un poco de Unabomber, como han señalado diversos *mass media* con bastante sagacidad. Pero a juzgar por el patrón seguido por las bombas y el texto, resulta evidente que Unabomber comparte con la sociedad moderna no sólo su sentimiento de frustración de cariz luddita, sentimiento bastante comprensible, sino también ese odio rudimentario tan extendido en la actual psicología de masas, que se pone de manifiesto en todo tipo de respuestas, desde una retirada pasiva hasta irrumpir disparando en el patio de un colegio. A pesar de lo estúpido de la idea expresada en un pan-

7. *New York Times Magazine*, 7 de Julio de 1996.

8. Rober Wright, «La evolución de la desesperanza», *Time*, 28 de agosto de 1995. Por supuesto, no debemos olvidar que la definición de lo sano y lo patológico es una compleja cuestión de poder, representación y consenso. La medicalización de la civilización moderna y el sórdido tratamiento de las diferencias psíquicas es un indicador más de nuestra alienación. Como podemos constatar en otras culturas, muchas conductas que tendemos a considerar como locura pueden tener cabida y representar un papel legítimo dentro del amplio espectro de la expresión y la experiencia humana.

fleto anarquista que elogiaba a Unabomber de que «se trata de dar rienda suelta a tu odio...», mucha gente es consciente de que muy a menudo ese odio forma parte del problema⁹.

En nuestra época, hay muchísima gente que presenta una mezcla de odio larvado y grandes conocimientos técnicos; personas que suelen ser más proclives a hacer estallar a sus compañeros de trabajo junto al jefe, o a asesinar a sus exmujeres. Este odio, por lo general ciego a los matices y a la ambivalencia, puede ser la forja de un Unabomber, quizá, pero difícilmente la de un auténtico revolucionario que —si se me permite citar, aun a riesgo de parecer ridículo, a uno de mis héroes de la infancia— está «guiado por grandes sentimientos de amor». Dejando a un lado el legítimo apremio que sentía, la empresa terrorista de Unabomber no fue tanto una respuesta razonada a un mundo que se ha vuelto loco como un peligro más entre la miríada de los que tenemos que sortear a diario quienes vivimos en la sociedad de masas, rehenes no sólo del asesinato y la violencia que despliegan las poderosas instituciones que regulan esta civilización patológica, sino también de los actos de venganza llevados a cabo por sus víctimas anónimas.

No obstante, Unabomber tiene entusiastas defensores: existe un «club de fans» en la Costa Oeste no del todo irónico (aunque en el radicalismo posmoderno la ironía y la seriedad tienden a confundirse); anarquistas ecologistas en Inglaterra (sin un ápice de ironía en este caso); y un panfleto anónimo que mostraba una reproducción a color de Kaczynski con una leyenda escrita en el estilo de las cartas de rescate, con letras recortadas, donde se leía: «Sé como Ted». En Berkeley, California, un anarquista *punk* le dijo a un redactor del *San Francisco Chronicle*: «Todos pensamos que es fantástico... Entiendo perfecta-

9. Véase John Zerzan, «¿A quién pertenece Unabomber?».

mente sus razones. Todo el mundo se lo toma a risa, pero en el fondo tienen la esperanza de que algo estalle en Berkeley y poder verlo. Yo espero que comiencen a estampar camisetas que digan “I Love Unabomber”, sería divertido¹⁰».

En una entrevista en el *New York Times*, donde se lo describía como un «prominente anarquista» y «gurú para toda clase de izquierdistas antitecnológicos», John Zerzan juzgaba el texto de «Freedom Club» como una «concienzuda crítica». En el panfleto citado más arriba, también ensalzaba la «visión profundamente radical» de un «retorno a la “naturaleza salvaje” a través de la “destrucción total y definitiva de la moderna sociedad industrial”», y en otro elogiaba «la crítica tanto en actos como en palabras» de Unabomber. «Veo en los ojos de Ted Kaczynski un sufrimiento que refleja lo que hemos perdido», escribió Zerzan. «La Megamáquina no ha acabado con toda resistencia [...] por lo menos podemos ver el coraje y el honor de alguien que no aceptó esta sociedad fraudulenta, que combatió este *mundo feliz* con la pluma y la espada». Pero los ojos de otro a veces nos revelan lo que ya estamos predispuestos a encontrar en ellos. Y leyendo a Zerzan, uno casi se olvida de lo desconocidas que eran la mayor parte de las víctimas de Unabomber¹¹.

10. «¿Eres tú Unabomber? ¿O tú? ¿O tú?», *San Francisco Chronicle*, 31 de julio de 1995.

11. Véase también «Un prominente anarquista encuentra en Unabomber un aliado inesperado», *New York Times*, 1 de mayo de 1996. A pesar de que nadie de *Fifth Estate* se ofreció a hablar con los medios, eso no invalida automáticamente la decisión de Zerzan de hablar con el *Times* y muchas radios —a pesar de su bien conocido y explícito rechazo de todo compromiso y su noción de «lo drástico como respuesta más saludable» (*Futuro primitivo y otros ensayos*). En una carta abierta a los anarquistas, Zerzan respondió a aquellos que le criticaron por hablar con la prensa, cuestionando «la automarginación consciente [que intenta] difundir ideas para cambiar un mundo enfermo al tiempo que desprecia cualquier contacto con ese mismo mundo». Y añadía, «¿Es una manipulación querer romper con nuestro diminuto gueto y relacionarnos con el sufrimiento universal de los seres humanos?». En verdad, en la entrevista con el *Times* Zerzan sale bien parado: parece humilde, modesto y sensato. Sus razones para hablar con los medios dejan entrever que, por ambiguo y complejo que resulte el problema de dirigirse a los demás a través de los *mass media*, el espectáculo nunca es completamente hegemónico, y teniendo en cuenta lo terri-

Es cierto que Zerzan no apoya incondicionalmente ni el Manifiesto ni los métodos de Unabomber. Por ejemplo, defiende que hay que eliminar algo más que el industrialismo para alcanzar la libertad, y considera las cartas-bomba como un método «demasiado arbitrario», y sus posibles «daños colaterales [término militar que comenzó a utilizarse durante la Guerra del Golfo Pérsico] injustificables¹²». De acuerdo con Zerzan, «la traición» sufrida por Kaczynski «a manos de su hermano, nos recuerda que el pacifismo, con su cobardía tan pagada de sí misma, es siempre, en lo fundamental, una defensa del orden existente». Pero la vida es más compleja que las frases sentenciosas de los panfletos. Existe más de una forma de cobardía, del mismo modo que existe más de una forma de coraje y de honor. Si podemos compartir algunos de los fines de Unabomber sin apoyar sus medios, parece justo conceder la misma consideración a su hermano David, que actuó, precisamente, pensando que «los daños colaterales eran injustificables¹³».

David Kaczynski, quien probablemente lo conozca mejor que nadie, llegó a la conclusión de que su hermano mayor Ted era Unabomber (y por lo tanto él mismo tenía cierta responsabilidad al haber financiado, sin quererlo, algunos de sus atentados cuando, en ocasiones, le prestó dinero). A juzgar por sus palabras, el más joven de los Kaczynski pensaba que su hermano Ted estaba guiado por algo más que por los grandes principios y el heroísmo, y declaró en el *Times*: «Según lo veo ahora, la ver-

ble de los tiempos que vivimos, quizá tiene sentido intentarlo. La gravedad de nuestra situación no nos permite saber de manera automática cuáles son las medidas desesperadas que debemos tomar. Según parece, incluso la intransigencia a veces requiere de un cierto consenso. La relación entre principios y estrategia no está dada de una vez y para siempre.

12. Zerzan critica el texto del Unabomber por el énfasis excesivo en el industrialismo; en realidad, defiende, la *agricultura* es un impedimento mayor y más profundo para la libertad. ¿Debería alguien comenzar a bombardear a los agricultores de soja? ¿No más tofu?

13. Según la entrevista en el *Times*, el 26 de abril de 1996, intentó comunicarse con su hermano cuando empezó a sospechar de él, pero éste nunca le contestó.

dad es que desde hacía tiempo Ted era una persona algo desequilibrada, y esto se ha acentuado cada vez más¹⁴».

En realidad, si su hermano es Unabomber, el deseo de publicar su Manifiesto y dejar de matar podría significar precisamente que Ted ahora mismo es una persona menos desequilibrada, y no más. (Curiosamente, su queja, expresada en un comunicado, sobre el aburrimiento que supone preparar bombas y probarlas, sugiere que incluso la intransigencia criminal en nombre de la revolución puede resultar una rutina opresiva)¹⁵. Que Unabomber pueda reconsiderar sus propias acciones, e intente elaborar una crítica más coherente sobre los descontentos de la sociedad moderna, ofrece cierta esperanza en torno a la posibilidad de que otros, aparentemente incapaces, también puedan hacerlo.

Entran en escena los neoludditas

Una forma del «Señala a Unabomber» se dio también, inevitablemente, en los medios de comunicación. Cuando se le mostró el manifiesto a Kevin Kelly, uno de los principales editores de la popular revista *Wired*, adalid de los «digerati¹⁶», espetó: «Si no lo conociera bien, diría que suena mucho a Kirkpatrick Sale¹⁷».

14. Véase la extensa cobertura del *Times*, 26 de mayo de 1996.

15. El comunicado fue publicado en el *New York Times*, 26 de abril de 1995. [El fragmento al que se refiere el autor dice: «En cualquier caso nos estamos cansando de fabricar bombas. No es divertido tener que emplear todas tus tardes y fines de semana preparando peligrosas mezclas, montando los mecanismos detonadores con restos de chatarra o buscando en las montañas un lugar lo suficientemente solitario para probar una bomba. Por eso ofrecemos un trato». (N. del T.)]

16. Mezcla de las voces inglesas *digital* y *literati*, con *digerati* se suele aludir a la élite digital: ejecutivos a lo Bill Gates, científicos computacionales, programadores de Silicon Valley, blogueros y demás colaboracionistas de la High-Tech. (N. del T.)

17. Véase el particularmente petulante y estúpido artículo de Bob Ickes, «¡Muere, ordenador, muere!», en el número de *New York* del 24 de julio de 1995. Para un insustancial debate entre Sale y Kelly, orientado a favor de Kelly, por supuesto, véase «El retorno de los luddi-

El libro de Sale *Rebels Against the Future*¹⁸ y sus recientes *performances* en las que destruye ordenadores (un truco pedagógico que los anarquistas practican desde hace muchos años), le habían valido el rol mediático de portavoz oficial del neoluddismo, en un espectáculo de «tecno-nerds vs. neoludditas».

Por su parte, Sale defendía en las páginas de *The Nation* que los periódicos debían aceptar la oferta de Unabomber de dejar de matar, y publicar el Manifiesto. Su publicación probablemente evitaría más muertes y, según Sale, los editores de los periódicos no debían «preocuparse por el efecto propagandístico» del texto, «dado que es un documento escrito en términos poco expresivos, lleno de jerga académica y psicología barata, repetitivo y mal fundamentado, que más allá de los primeros párrafos sólo logrará mantener la atención de los lectores más esforzados».

«Lo cual», continuaba Sale, «es una lástima», ya que el argumento central de Unabomber —que el industrialismo ha sido un desastre para la especie humana—, es «absolutamente crucial». Los mayores defectos del documento, afirmaba Sale, eran su idea maniquea del cambio político, su falta de una auténtica perspectiva ecológica, y su error al no mencionar y rastrear sus orígenes en «la longeva cepa luddita del pensamiento occidental», o en «los grandes críticos modernos de la tecnología como Lewis Mumford y Jacques Ellul», entre otros¹⁹.

El comentario de Sale al texto de Unabomber, aunque fuera uno de los mejores debates aparecidos en prensa, era al mismo tiempo perspicaz y pedante, y su interpretación del Manifiesto

tas», en el número de *Wired* correspondiente a junio de 1995.

18. En este libro, Sale ofrece un vívido relato de las revueltas ludditas, junto a una interpretación chapucera y teóricamente deficiente sobre la historia del discurso tecnológico y la reciente aparición de revueltas contra la tecnología en la sociedad de masas.

19. Kirkpatrick Sale, «El tratado secreto del Unabomber: ¿Hay método en su locura?», *The Nation*, 25 de septiembre de 1995.

resultaba displicente y en ocasiones inexacta. Su crítica respecto a que «el llamamiento a la naturaleza [es] totalmente utilitario», y a la «pobre comprensión de los principios de la ecología» por parte de Unabomber, carecía de matices y prestaba poca atención al texto. Por ejemplo, de acuerdo con Sale, Unabomber «ofrece sólo una mirada superficial ante los múltiples desastres ambientales que produce el sistema por sí mismo y nunca menciona la posibilidad [...] de que el castillo de naipes del complejo industrial se derrumbe». En realidad, después de escribir en el párrafo 5 que su texto no se detendrá en la cuestión de la «degradación medioambiental o en la destrucción de la naturaleza salvaje, aunque la consideramos importantísima», Unabomber retoma varias veces, sin embargo, las catástrofes ecológicas ocasionadas por la tecnología, y expone claramente la posibilidad de que el sistema industrial colapse por sí mismo. Sale parece molesto, sobre todo, porque Unabomber no conozca bien las ideas de la ecología profunda, pero si algo aprueba implícitamente el autor del Manifiesto es «la idea de que la naturaleza salvaje es más importante que el bienestar económico humano», lo que lo situaría cerca de esa corriente, aunque sea en una variante misántropa y catastrofista de ésta²⁰.

Según Sale, la referencia en el texto a «revistas anarquistas y ecologistas radicales», revela que Unabomber conoce «algo de la actual crítica [tecnológica]», y añade entre paréntesis: «Si tu-

20. Un cierto catastrofismo primitivista se puede rastrear en algunos militantes de la ecología profunda, tanto anarquistas como no anarquistas. Se expresa, por ejemplo, en la idea de Christopher Manes, recogida en su *Green Rage: Radical Environmentalism and the Unmaking of Civilization*, de que «el tiempo para hacer la elección entre el mundo natural y el mundo cultural ha llegado», cualquiera que sea el significado de este acertijo. Para una discusión y una crítica del catastrofismo ecológico, véase George Bradford [David Watson], «Return of the Son of Deep Ecology: The Ethics of Permanent Crisis and the Permanent Crisis in Ethics», y «Cheerleaders for the Plague», *Fifth Estate*, primavera de 1989, Vol. 24, N°1 (número 331). Una versión del primer ensayo apareció más tarde en *Against the Megamachine* (Autonomedia, 1997).

viese que aventurar cuál ha sido su mayor influencia, diría que ha sido *Fifth Estate*, una combativa publicación antitecnológica publicada en Detroit durante los últimos treinta años [...]». Bien, describir a Unabomber al mismo tiempo como un «profético» e «incoherente» fanático de inteligencia mediocre, censurar su falta de identificación con la «longeva cepa luddita» de la tradición occidental, para después señalar a *Fifth Estate* (que se sitúa claramente en esa tradición y la cita extensamente) como la influencia más probable de Unabomber, parece una estudiada, aunque indirecta, invectiva. Como lector de *Fifth Estate* desde hace mucho tiempo, Sale debería saber que ni el lenguaje de Unabomber ni su estrategia reflejan el trabajo de esta revista; que lo que compartimos con él es lo mismo que también comparte Sale: un sentido de la urgencia respecto a la catástrofe tecnológica y una mirada descreída respecto a las falsas promesas del industrialismo.

Sale no aportaba nada al debate mencionando de forma tan gratuita e injustificada, como si tal cosa, *Fifth Estate*. Prestarse a tales especulaciones es totalmente irresponsable, e incluso despreciable, con la policía al acecho y con el FBI investigando y acosando a los ecologistas radicales de la Costa Oeste y obteniendo órdenes para acceder a los registros de miembros de organizaciones académicas como la Asociación de Historia de la Ciencia, o a las listas de suscriptores de publicaciones izquierdistas como *Critical Sociology*. (El manifiesto le fue entregado en mano a Sale por agentes del FBI, muy probablemente como parte de una estrategia de reclutar a periodistas y académicos para analizar el texto en busca de pistas).

De modo que, contrariando el trabajo de detective aficionado de Sale, nosotros no encontramos ninguna evidencia de que Unabomber estuviese en nuestra lista de suscriptores. Tampoco hemos encontrado nada parecido al borrador de su Mani-

fiesto en nuestros archivos de manuscritos rechazados; porque, de haberlo enviado, era demasiado largo, demasiado confuso y estaba demasiado mal escrito como para haberlo publicado. Lamentablemente, si Unabomber, pese a su urgencia, no albergaba esperanzas de ver su texto publicado en una revista antitecnológica como la nuestra, uno puede entender su desesperación. Después de todo, las cuestiones que plantea —la destrucción de la naturaleza salvaje, la dominación tecnológica, la manipulación genética y el colapso ecológico— son apremiantes, a pesar de su elaboración confusa y cualesquiera que sean sus defectos como escritor. Y si necesitamos a un loco para decirnos a su loca manera que nuestro mundo está loco, pues que así sea. A decir verdad, el capitalismo industrial está haciendo añicos el complejo entramado de la vida hasta amenazar con un colapso global, y legiones de funcionarios, como los dos últimos burócratas que Unabomber asesinó, están obteniendo pingües beneficios ayudando a que ese proceso continúe. Por desgracia, aparte de los ataques insignificantes contra unos cuantos lacayos —guardagujas en las vías férreas que conducen al Buchenwald planetario del capital—, y la violencia arbitraria contra algunas secretarías y subalternos, Unabomber acabó haciendo el juego a las mismas fuerzas mediáticas de la cultura de masas a las que se oponía.

«Impresionar a la sociedad con palabras es [...] casi imposible para la mayoría de los pequeños grupos y los individuos», escribe. «Tomémonos (a FC) como ejemplo. Si nunca hubiésemos cometido actos violentos y hubiéramos sometido el presente escrito al criterio de un editor, probablemente nunca lo hubiese aceptado. Si lo hubiese publicado, seguramente no hubiese suscitado interés en demasiados lectores, porque es más divertido consumir el entretenimiento que nos ofrecen los medios de comunicación que leer un ensayo serio. Pero incluso si

este escrito hubiese tenido muchos lectores, habrían olvidado rápidamente lo leído, dado que sus mentes están inundadas por la cantidad ingente de contenidos a la que les exponen los medios. Para llevar nuestro mensaje al público con alguna posibilidad de causar una impresión duradera, hemos tenido que matar gente».

Esta sorprendente afirmación no sólo parece una justificación, hecha muy *a posteriori*, de unos asesinatos caprichosos y llenos de rencor, sino que, mediante su lógica autoinmoladora, hace que la propaganda por el hecho haya sido suplantada aquí por la brutalidad del acto en sí. De acuerdo con este argumento, sólo la violencia podía conseguir que el texto fuese publicado. Sin ella, el Manifiesto no hubiera logrado atraer a los lectores. Pero incluso si hubiese encontrado una gran audiencia sin que el autor hubiese tenido que recurrir a la violencia, estos lectores, abrumados por el torrente de información de los medios, lo habrían acabado olvidando igualmente. De modo que Unabomber creyó, como afirmara el crítico de la tecnología Jacques Ellul, que «en una batalla entre propagandas, sólo la propaganda puede responder de manera efectiva». Pero no se le ocurrió, como sí se le ocurrió a Ellul, que «las consecuencias de tu propaganda sobre la personalidad son exactamente las mismas que las de la propaganda enemiga²¹».

Unabomber albergaba la ingenua esperanza de causar «una impresión duradera», incluso de desestabilizar el industrialismo, pero sólo logró provocarle un leve cosquilleo (y de paso ofrecer un pretexto oficial para el acoso y la vigilancia de otros activistas). Su mortal «impresión duradera» ha acabado por desvanecerse entre las páginas de los periódicos, y sus bombas —armas que hace aproximadamente un siglo los anarquistas re-

21. Jacques Ellul, *Propaganda: The Formation of Men's Attitudes*.

volucionarios defendían como «grandes niveladores» contra la autoridad— resultan hoy prácticamente imperceptibles en un paisaje donde bombas de toda magnitud y variedad, al servicio de cualquier ideología y reivindicación, se han vuelto ubicuas²². (Y los bombardeos, por supuesto, no son más que una manifestación del sinfín de desastres modernos. Poco importa ya si un avión se estrella por un acto terrorista, por abaratar costes empresariales o por los inevitables errores del sistema tecnológico. En la sociedad de masas en la que vivimos las dos primeras causas son variantes de esta última).

¿Dos, tres, muchos Unabombers?

Tal vez nunca sepamos si Ted Kaczynski es Unabomber, pero está claro que comparte con el autor del texto un odio tenaz contra la tecnología y el amor por la naturaleza. Y aunque hay pocas pruebas que apunten a que el genocidio tecnológico en Vietnam influyese directamente en su decisión de apartarse de la sociedad (como alguien ha sugerido), si fuese así sería algo admirable²³. El 20 de enero de 1969 —el día de la toma de posesión presidencial de Richard Nixon— Kaczynski dimitió de su puesto en el departamento de matemáticas de la Universidad

22. El *New York Times* informaba de que el país asiste en la actualidad «a una proliferación de una suerte de terroristas domésticos», que ha conducido a la detención de muchos habitantes de los suburbios, generalmente blancos, por ejemplo, en Georgia, Arizona y el estado de Washington. Los atentados con bombas se incrementaron más de un cincuenta por ciento en los últimos cinco años, y casi se han triplicado en la última década. «El número de explosiones criminales y atentados pasó de 1.103 en 1985 a 3.163 en 1994», de acuerdo con este artículo. Véase «El terrorismo se vuelve casero con la extensión de los atentados con bomba en EE.UU.», 25 de agosto de 1996.

23. Véase «El caso Unabomber está relacionado con los tumultos contra la guerra en los campus de EE.UU., durante los años sesenta», *New York Times*, 1 de junio de 1996.

de California-Berkeley e, imitando a Thoreau, optó por vivir deliberadamente en los márgenes de la sociedad.

Al mismo tiempo que Kaczynski abandonó la Universidad, Lewis Mumford terminaba su obra de referencia, *El pentágono del poder*, un libro que fácilmente podría haberse titulado *La sociedad industrial y su futuro*. En esa gran y oscura profecía, Mumford describía dos tipos característicos de la sociedad megatécnica. De un lado encontramos al tipo Colin Powell, al que Mumford llama: «Autómata u Hombre Organización: que ejecuta todas las órdenes del sistema, y que, como científico, ingeniero, experto, administrador, o, simplemente, como consumidor y sujeto, no puede concebir ninguna desviación respecto al sistema, ni siquiera en aras de la eficiencia, y mucho menos por la idea de conseguir que la vida tenga un propósito y sea más humana, inteligente y gratificante».

Este *autómata* —quizá un empresario maderero o un investigador en genética—, este «animal humano limitado, dócil, condicionado científicamente, completamente adaptado a un ambiente puramente tecnológico», sin embargo, nunca «nace solo». Al contrario, este personaje aparece siempre con «un gemelo, su propia sombra oscura: desafiante, indómito; desordenado, sin organización ni control; agresivamente destructivo, incluso homicida, en su afirmación de las fuerzas reprimidas de la vida mediante actos demenciales o criminales». Aunque Mumford consideraba que el objetivo de este tipo «subversivo» era la destrucción de «las nobles cualidades [...] cuyas dotes de amor, fraternidad, racionalidad, imaginación y aptitudes constructivas han ampliado todas las posibilidades de la vida», no planteaba para combatirlo un mayor control, más represión, más tecnología, más regulación y más pasividad. «Es a la luz de estas inminentes negaciones y destrucciones [de la megamáquina]», enfatiza, «por lo que toda idea de subyugar la na-

turalidad y reemplazar las funciones propias del ser humano por equivalentes fabricados colectivamente, operados de forma automática y completamente despersonalizados, debe ser al menos cuestionada²⁴».

Seguramente Mumford se habría sorprendido al encontrar al «hermano gemelo» nihilista llevando a cabo «actos demenciales y criminales» en una guerra abierta y calculada contra los «tecnonerd» autómatas (como los llama Unabomber). Es como si el salvaje de *Un mundo feliz* de Huxley, en lugar de ahorcarse, decidiese empezar a asesinar a los Alfas y los Betas. Pero el terrorista es un síntoma de la crisis más que una solución a ésta: en lugar del «rayo de esperanza» que Zerzan encuentra en la campaña de Unabomber y su Manifiesto —que, «a diferencia del sentimiento generalizado de que todo está fuera de nuestro control, logró romper el monopolio de la mentira»— la patética guerra individual de Unabomber personificó y reafirmó la desoladora sospecha de que nuestro yo aislado es lo único que nos queda, socavando así la idea de que la gente puede alcanzar algún cambio significativo si trabaja conjuntamente. (Curiosamente, las operaciones solitarias del fabricante de explosivos ante su mesa de trabajo son comparables a las del *hacker* solitario metido en su cubículo, enviando una variedad diferente de regalo envenenado al vacío tecnológico; un virus, quizás, para «generar intranquilidad social y provocar inestabilidad en el sistema industrial», como instaba «FC», o sencillamente para ser partícipe, en tanto mónada, de un juego peligroso). Al final, las bombas dejan totalmente intacto el «monopolio de las mentiras». Un monopolio, en cualquier caso, que un pequeño pero creciente número de personas está empezando a desmontar sin ayuda de explosivos.

24. Lewis Mumford, *The Pentagon of Power: The Myth of the Machine* (vol. II). [Hay traducción al castellano en Pepitas de Calabaza, Logroño, 2011].

Sin duda, conociendo la disposición de autómatas bien adaptados y remunerados a experimentar en secreto con materiales nucleares sobre seres humanos durante décadas, y su reciente éxito en el mapeado del genoma humano, entre otros logros (bajo el estandarte de los más altos ideales humanitarios, por supuesto), uno está tentado a agradecer cualquier respuesta, incluso, si se me permite parafrasear a mi héroe revolucionario de la adolescencia, a pedir «dos, tres, muchos Unabombers». Como diría Mumford, Unabomber representa, aunque de una forma desvirtuada, las «fuerzas reprimidas de la vida». No debemos dejarnos arrastrar y olvidar cuál es el verdadero sistema terrorista, con su parafernalia del fin del mundo y sus carteras de inversión sobre la extinción masiva. Como escribiera la anarquista revolucionaria Voltairine de Cleyre en 1908, tras un atentado con bomba en la Union Square de Nueva York: «En realidad, el anarquismo no tiene nada que ver con la violencia, y nunca podrá tener lugar si no es a través de la conquista de la mente de los hombres. Pero, cuando una víctima desesperada del sistema le devuelve el golpe usando la violencia, no es nuestro papel verter infamias sobre su nombre, sino entenderlo del mismo modo que entendemos a otros, sean amigos o enemigos, como frutos fatales del orden existente²⁵».

Se podría decir que no hay «espectadores» inocentes. En una u otra medida, todos «nosotros» participamos en el sistema, ganándonos el pan a diario, nuestros pequeños dividendos sobre el apocalipsis, como trabajadores, funcionarios, secretarios y ocupaciones semejantes, todos dependientes del soborno industrial²⁶. Pero no hay un atajo revolucionario para la transforma-

25. Citado en *An American Anarchist: The Life of Voltairine de Cleyre*, de Paul Avrich.

26. ¿Qué es, de hecho, la cordura y la locura en nuestros días? En su sátira postapocalíptica *Galápagos* (1985), Kurt Vonnegut escribía sobre el pasado siglo xx que «en aquel entonces, el cerebro humano generaba de manera irresponsable tal cantidad de indicios en

ción social, no existe una sencilla palanca para activar los frenos, ni ninguna vía rápida hacia el futuro. Aunque Unabomber pueda creer que las «minorías activas y resueltas» son las únicas que hacen historia, en última instancia sólo las mayorías pueden llevar a cabo los cambios sociales necesarios para dar marcha atrás en la vía hacia el exterminio. Una perspectiva aterradora, ciertamente, teniendo en cuenta cuán «funcionales» y «disfuncionales» son hoy en día las personas que forman nuestra sociedad. Pero, por mucho que deseemos que las cosas fuesen diferentes, una campaña de desestabilización para precipitar el colapso industrial (que el industrialismo parece estar provocando bastante bien por sí solo), únicamente empujaría a los condenados hacia los brazos protectores del Estado megatécnico.

Los individuos y las minorías activas y resueltas *pueden* marcar una diferencia y así lo han hecho históricamente, por supuesto. Después de todo, Thoreau era poco más que un solitario marginal y, sin embargo, su influencia ha llegado a ser inmensa. Y, para señalar sólo un ejemplo contemporáneo, cualquiera que lea revistas de ecología radical, como recomienda Unabomber, puede encontrar pruebas de cómo la acción de minorías e individuos está marcando una gran diferencia. Ciertamente, a medida que las condiciones de vida planetarias se siguen deteriorando de forma inevitable bajo el capitalismo industrial, cabrá esperar más actos solitarios, mezcla de esperanza y desesperación, como los de Unabomber. Sin embargo, veo poco probable que encontremos nuestro camino siguiendo el ejemplo de asesi-

cuanto a lo que se debía hacer con la vida, que identificaron el actuar en beneficio de las futuras generaciones con los más arbitrarios juegos a los que pueden jugar hasta los más carentes de entusiasmo, como el póker, el polo o el mercado de bonos, o la escritura de novelas de ciencia-ficción.

»En aquel entonces, cada vez más gente [...] encontraba la tarea de asegurar la supervivencia de la raza humana de un aburrimiento mortal.

»Era mucho más divertido, por así decirlo, golpear repetidamente una pelota de tenis».

nos solitarios o células terroristas. Más bien, deberíamos dirigir la mirada hacia las comunidades de personas que trabajan tanto dentro como contra esta sociedad para transformarla y encontrar sendas hacia nuevos modos de vida. En realidad, la transformación ya está teniendo lugar en muchos movimientos sociales aparentemente no relacionados entre sí, y mediante esfuerzos de cooperación en todo el mundo. Ya estén creando instituciones alternativas, resistiendo a la dominación, o defendiendo sus vecindarios, las personas actúan como sujetos de su propia historia, participando en una especie de Eterno Retorno, moviéndose más allá de los límites de la historia. Resistiendo y trabajando juntos de forma creativa, cumplen el mismo e imprescindible papel, con independencia del contexto y los resultados, recreando y rearticulando no sólo su fe en la continuidad de la vida, sino la continuidad de la vida misma. Eso es lo que hicieron los ludditas destruyendo máquinas y comprometiéndose en otras actividades insurgentes. Un acto más contundente, tanto política como existencialmente, que destrozarse un ordenador en un escenario (a pesar de lo dramático y loable del gesto), o enviar una bomba por correo (quienquiera que lo haya hecho).

El texto de Unabomber es un grito desgarrado contra un sistema cuyas llamadas al progreso humano no pueden ocultar la profundización de la servidumbre y la devastación del mundo natural. Aunque el texto contiene ideas valiosas, su sociologismo abstracto y mecanicista delata una noción de libertad individualista y de supervivencia, y un punto de vista utilitarista que considera cualquier actividad que no sea la más básica búsqueda de alimento, vestido y cobijo (pero también, y esto es revelador, la persecución del estatus o la venganza) como un signo de alienación, meras «actividades sustitutorias». Esta robinsonada, con su regusto pionero y su noción autárquica de la autonomía, no se aleja mucho de la clásica economía política burguesa

de la que proviene. En cierto sentido es una recusación de *cualquier* tipo de sociedad. Aunque de forma inteligente es capaz de ver que la racionalización y la represión de la civilización moderna tienen una falsa pretensión de universalidad, la negación de cualquier tipo de universalidad humana no deja de ser un idilio oscurantista. Por esa vía, termina rechazando lo que llama «valores fundamentales» de esta sociedad por ser «valores industriales». Entre los valores rechazados —los «valores oficiales de nuestra sociedad [porque] son los convenientes para el sistema industrial»— menciona la igualdad racial y sexual, la ayuda a los pobres, «la paz opuesta a la guerra», el amor a los animales, y la idea de que los individuos tienen obligaciones con la sociedad y la sociedad con ellos. A decir verdad, su lista mezcla valores modernos con otros mucho más antiguos, algunos de los cuales nos harán falta para resistir y vencer las fuerzas de la dominación tecnológica²⁷.

La rigurosa aunque ingenua política de la catástrofe de Unabomber se equivoca al no reconocer en su predicción que el terrible futuro que nos espera si el industrialismo no colapsa de forma dramática, rápida y temprana, *ya lo tenemos encima*. En el futuro —nos advierte— las personas «no serán capaces de desconectar las máquinas, porque serán tan dependientes de ellas que hacerlo equivaldría a un suicidio». Pero el caso es que ya somos dependientes; y es precisamente el suicidio por lo que aboga

27. La pesadez del texto, la crítica psicologizante y simplista del «izquierdismo» —que se refiere a cualquier reforma de carácter humanista, o cualquier noción de universalismo, o cualquier acto altruista o de solidaridad con quienes sufren la opresión que no sea uno mismo o su grupo de afinidad— es un ejemplo del ambiguo y monádico individualismo de Unabomber. El izquierdismo, advierte, con su identificación con las víctimas, su «tono moralista», su voluntad de trabajar en interés de otros, y su tendencia a oponerse a la violencia y la competencia, es «contrario a la naturaleza salvaje», la cual debe ser por tanto competitiva, violenta, egoísta y carente de significado moral. Curiosamente, la célula terrorista «FC» que reivindica la autoría del texto reproduce muchos de los rasgos del peor tipo de grupo izquierdista clandestino y autoritario.

Unabomber. En cuanto a las probables consecuencias negativas del colapso para los seres humanos e incluso, uno debe suponer, para los ecosistemas, Unabomber se encoge de hombros y dice: «Bueno, hay que romper algunos huevos para hacer una tortilla». Y propone que los revolucionarios hagan todo lo posible para acelerar el colapso con tal de evitar el triunfo, mucho más destructivo, de la tecnología. Hay algo en todo esto que recuerda a la recomendación de un consultor del FMI respecto a la «terapia de choque» económica y al hambre que algunas poblaciones debían sufrir con el fin de mejorar, a largo plazo, sus economías atrasadas. Esta es la lógica de alguien que, precisamente porque está sentado en una atalaya con aire acondicionado o escondido en una cueva, tiene una relación muy limitada con la vida. Un situacionista señaló una vez que la revolución más sangrienta causaría menos sufrimiento que cualquier fin de semana dentro del capitalismo, pero el desastre socioecológico en el que nos vamos hundiendo, tanto si vienen al rescate «minorías resueltas» o no, puede que finalmente sea mucho peor de lo que cabía imaginar.

Todo se derrumba

Hacia el final de su vida, Mumford le confió a Roderick Seidenberg: «Observando todo lo que ha sucedido en el último medio siglo, es probable que el barco acabe hundiéndose». En otra carta a su amigo Bruno Levi, escribió: «No tengo valor para decirle [a la gente] [...] lo que en realidad pienso del futuro de la humanidad de no mediar algo parecido a un milagro²⁸».

Pero Mumford seguía abierto a la posibilidad de un milagro. Creía que, de producirse una transformación revoluciona-

28. Citado en *Lewis Mumford: A Life*, de Donald Miller.

ria, ésta tendría lugar en los márgenes de la sociedad, en «gestos de inconformismo» y de deserción. Se mostraba a favor de «cualquier acto de rebelión, cualquier muestra de desafío, cada afirmación de la voluntad de vivir, cada ejemplo de autonomía y autogestión, incluso a un nivel básico», como intentos de resistir al Leviatán, de evitar un cataclismo al que no sobreviviría nada que mereciese la pena vivir. Para Mumford, era el anarquista Thoreau, y no Marx, quien representaba el papel de «archienemigo» de este complejo pentágono de poder, por su énfasis en la desobediencia y su decisión de vivir conscientemente en los márgenes de la sociedad²⁹.

Pero si Thoreau, que escribía en aquel tiempo de exuberancia juvenil de nuestra civilización, fue capaz de legarnos algunas de las más sabias y vívidas ideas sobre ella, Unabomber, que escribe en una era de desilusión, resignación, odio y descomposición social, sólo ha podido legarnos una serie de cartas llenas de rabia, nihilismo y un árido racionalismo, acompañadas de unas cuantas explosiones. No hay necesidad de condenarlo o perdonarlo; su Manifiesto y su arbitraria campaña de terror son la prueba más siniestra de cuán férreamente estamos atrapados por los engranajes de la megamáquina.

No ha sido mi intención reducir a mero objeto de discusión, en lugar de tratarlo como a una persona, al autor del texto de Unabomber, o al sospechoso Ted Kaczynski, o a los *outsiders*, conocidos o desconocidos, que puedan estar expresando hoy las verdades más profundas de nuestra era... ni a ningún otro. Todo lo que sé sobre Unabomber lo he sabido a través de los medios de comunicación, que fomentan ese tipo de tratamiento despersonalizado. En cualquier caso, independientemente de quién sea Unabomber, merece nuestro perdón amparándo-

29. Véase Lewis Mumford, *El pentágono del poder*.

nos en su locura; una locura que es colectiva, no exclusivamente suya. ¿Cómo puede ser que los hombres, para seguir amasando sus fortunas, destrocen las bases de la vida, reduciendo a escombros millones de años de evolución? ¿No se muestran precisamente como aquellos ambiciosos que ejercían el poder, y los idiotas arrogantes con afilados instrumentos contra los que nos advertía el sabio taoísta en la cita del inicio? ¿No representan también el papel de ángel vengador los fiscales y la policía, los jueces y los buenos ciudadanos que condenan a muerte a cualquiera que consideran como un amargado fatalista?

Este texto es también un alegato en favor de Ted Kaczynski, que afronta ahora las consecuencias de los atentados. Es una defensa de Unabomber, quienquiera que sea. No sé qué se debe hacer con estas personas o por ellas, sólo sé que esta sociedad, con su anónima maquinaria de matar, no debería llevar su santurrona determinación hasta el punto de asesinarlo como castigo por haber asesinado mientras mantiene intacto su normal funcionamiento, mucho más macabro. Ciertamente, esta sociedad se enfrenta a cuestiones mucho más urgentes. Si hay patetismo en la nota final de Unabomber, cuyos argumentos son probablemente imprecisos e incluso «rotundamente falsos», apenas una «cruda aproximación a la verdad», su inquietante y ambiguo significado reclama humildad por nuestra parte. Probablemente, después de todo, no podamos esperar milagros, sólo la catástrofe. Pero tenemos que centrarnos en esta pequeña parcela del Armagedón, en nuestro momento de trágico peligro.

El fenómeno Unabomber, un cometa que cruza el cielo y arroja una luz violenta y extraña entre sombras cada vez más profundas, es un signo de que ni el «aquí no pasa nada» ni la absoluta intransigencia, ni la coherencia de esta sociedad ni alguna variedad de su incoherencia, podrán obtener resultados predecibles en un torbellino que absorbe y neutraliza cualquier

tipo de oposición. Sin embargo, en su furia, en su soledad y, finalmente, en su caída, también nos recuerda que paradójicamente sólo los actos cotidianos —de apoyo mutuo, de confianza y de empatía, de atención a la vida de la que nos nutrimos y del cuidado de lo que merece la pena en esta sociedad o en cualquier otra— tienen la fuerza transformadora que necesitamos para atravesar esta tormenta.

Si todo se derrumba, entonces no harán falta bombas ni manifiestos de ningún tipo. El industrialismo no podrá evitar estrellarse contra el muro de la realidad. En último término, si amamos la vida en la Tierra, nuestra esperanza descansa más allá de las perspectivas de supervivencia de nuestra especie. La vida en sí misma es mucho más inteligente que la megamáquina y que sus enemigos, y sobrevivirá y prosperará con o sin nosotros. Y, con todo, la mayoría de nosotros optamos por luchar por aquello que apreciamos del mundo que conocemos. Arraigados a las personas y a la tierra, tenemos nuestros pies plantados en este mundo, aunque nuestros sueños abran caminos hacia otros. A diferencia de Unabomber, que defiende la destrucción de la tecnología como «la única y primordial tarea», tenemos metas complejas e interrelacionadas que no pueden ser resueltas únicamente por esta determinación monomaniaca y mecanicista. Debemos presentar batalla, como recomienda el sabio taoísta, «no [...] para destruir lo que existe, sino para preservar aquello que perece³⁰». Esto significaría desandar nuestro camino dentro del laberinto que hemos ayudado a construir, como el héroe que seguía el hilo de su amante hacia la luz del sol.

30. *The Tao of Politics*.